

LA DIMENSIÓN TRASCENDENTAL DE LA FIESTA

+ *Francisco Javier Errázuriz Ossa*

Guayaquil, 11 de noviembre de 2011

Los temas propuestos para esta Mesa Redonda y para este Congreso, que muchos de ustedes ya han trabajado, son de la máxima actualidad e importancia para todos nuestros países. Tocan la vida de cada persona, y la calidad de la convivencia en la Comunidad. Urge tratarlos para implementar eficazmente la Misión Continental promovida por el Espíritu Santo, desde el acontecimiento de gracia de la Conferencia General de Aparecida. Dicha importancia la ha señalado el Santo Padre Benedicto XVI en el Mensaje a este Congreso: “el trabajo y la fiesta atañen particularmente y están hondamente vinculados a la vida de las familias: condicionan sus elecciones, influyen en las relaciones entre los cónyuges y entre los padres e hijos, e inciden en los vínculos de la familia con la sociedad y con la Iglesia”.

Me han pedido hablar acerca de la fiesta y su dimensión trascendental. Espero que estas palabras motiven la reflexión y el compromiso de las familias, para testimoniar al mundo el gozo de ‘vivir una existencia plenamente humana’¹, desde la alianza con Cristo. En el ámbito de la familia y la fiesta los católicos podemos ‘ampliar la razón’ y aportar una visión más integral de la vida humana, que está llamada a alcanzar la estatura de Cristo. Una de las formas más eficaces de evangelizar la cultura se halla en la vida cotidiana: en dar a luz, vivir, celebrar y morir con amor, fe y esperanza, especialmente en el entorno de la familia y el trabajo.

Esta breve exposición tendrá tres apartados. El primero es un intento de acercarse y formular aspectos de la realidad humana y social de la fiesta. El segundo se remonta a las grandes fiestas de la humanidad, para descubrir a su luz la dimensión trascendente de la fiesta. Y el tercer apartado se concentra en nuestro tesoro y ‘fiesta primordial’ (SC 106): la celebración dominical del día del Señor, particularmente la celebración de la Eucaristía.

¹ Carta del Papa Benedicto XVI al Cardenal Antonelli para iniciar la preparación del Congreso Mundial de la Familia en Milán 2012.

1. La fiesta, transparencia de lo humano

En la vida concreta de nuestros pueblos hay una sabiduría capaz de elaborar una síntesis orientadora, que nos permite caminar humanamente hacia el anhelado progreso. La guardan las tradiciones en las cuales palpita el 'alma' de un pueblo. Entre ellas, la artesanía, el canto popular y muchas otras costumbres, como asimismo las fiestas religiosas, en especial las peregrinaciones, los bailes religiosos y las fiestas del Señor Jesús y de numerosos santos. Son un regalo de Dios que no podemos ignorar. Por el contrario, es necesario saber apreciarlo en medio del marcado pragmatismo que nos invade.

A pesar de las grandes dificultades con que se enfrentan - algunas claman al cielo y mueven al compromiso solidario de los cristianos-, realidades humanas como la familia y el trabajo, no son en primer lugar un drama para el pueblo cristiano. Tampoco realidades ajenas a la fiesta. Por el contrario, para los creyentes la familia y el trabajo son una buena nueva, también en medio de los fuertes embates por los cambios culturales. Así lo constató el documento conclusivo de Aparecida (ver DA 114-122). Además, no cabe duda alguna: se seguirán celebrando fiestas dondequiera que alguien nazca, sea bautizado, se case o inaugure una nueva casa, además cuando un adulto joven acceda al sacerdocio, o una religiosa se consagre a Dios y al servicio de los necesitados. Seguiremos celebrando aniversarios. Y aun en los velatorios la pena que causa la partida de un ser querido, no logra eclipsar la paz y la serena alegría que causan la liberación de tanto sufrimiento y la esperanza de su llegada al cielo.

Hablar de la fiesta es ingresar en lo más propio nuestro como seres humanos. Hablar de ella es imposible sin hablar prácticamente de todo². Es como una rendija que nos permite mirar al interior de un inmenso misterio, pues desvela lo que somos y también nuestra vocación más profunda. Un refrán popular dice: "en la mesa y en el juego se conoce al hombre luego". Podemos ampliar la perspectiva y afirmar que tocamos lo profundo de lo humano también en la *enfermedad* y en la *fiesta*, en nuestra manera de enfrentar la alegría y el dolor. Desde nuestro nacimiento hasta

² Es el caso de la muerte, el dolor, el amor, la fiesta. "Hay cosas que no pueden tratarse suficientemente si no se habla al mismo tiempo de la totalidad del mundo y la existencia humana. Quien no estuviera dispuesto a ello habría renunciado de antemano a decir algo importante" Josef PIEPER, *Hacia una teoría de la fiesta*, Rialp, Madrid 1974, 11. (original alemán de 1963). Lo que sigue en este apartado, en parte se inspira en esa obra.

nuestro entierro, desde el bautismo a las exequias, nos envuelven la celebración y la fiesta. ¿Por qué celebramos? ¿Qué celebramos? ¿Qué es la fiesta?

La fiesta no es lo que se opone al trabajo; tampoco es una evasión de la realidad, una huida de la responsabilidad y el dolor, o un distanciamiento de la vida familiar. Escribía el gran pensador católico Josef Pieper: “Sólo un trabajo lleno de sentido puede ser suelo sobre el que prospere la fiesta. Quizá ambas cosas, trabajar y celebrar una fiesta, viven de la misma raíz, de manera que si una se apaga, la otra se seca”³. Desde los orígenes de la revelación judeocristiana sabemos que el descanso y la fiesta tampoco son estrategias para trabajar mejor. Son algo más que eso. En la fiesta el trabajo se interrumpe, y se accede a algo diferente de lo cotidiano. En definitiva entramos en nosotros mismos y salimos de nosotros mismos, haciendo una ‘ofrenda’ de nuestro tiempo. Demostramos que no somos esclavos.

Es cierto, somos homo *faber* que se realiza en el trabajo; y homo *sapiens*, que busca la verdad y goza al poseerla y trasmitirla; pero también somos homo *ludens*, que expresa en el juego su alegría, su ingenio y su creatividad, y el hecho de no tomar demasiado en serio lo que es transitorio en esta vida. Las realizaciones de la ciencia, la técnica y la economía no bastan para comprender la vocación humana. Necesitamos celebrar⁴. Toda auténtica fiesta es una fuente y a veces una explosión de alegría, y eso es lo que importa. Organizar no es lo esencial. Lo que hace fiesta a la fiesta es otra cosa. Surge de amar el mundo y la existencia humana. Nos libera de preocupaciones y opresiones, abriéndole un gran espacio a la libertad de ser lo que somos, y a la gratitud por la amistad, la cordialidad y la posibilidad de soñar. Es una forma de gratitud, que afecta todas las esferas. En particular la religiosa⁵. Por eso, el alma de muchas fiestas supone o incluye el sacrificio y apunta hacia lo alto, al cielo⁶. De la fiesta se espera renovación, transformación, renacimiento. En verdad la fiesta refleja

³ *Ibidem* 12s.

⁴ Las grandes ocupaciones del hombre están impregnadas de juego. En su obra “*Homo Ludens*” (1938) HUIZINGA se propuso demostrar que las imágenes convencionales del ‘*homo sapiens*’ y el ‘*homo faber*’ son insuficientes para describir lo humano. Muchas cosas serias se pueden negar, el juego, no. Así la fiesta da que pensar, el juego es algo de lo más serio que puede haber.

⁵ “Hay fiestas mundanas, pero no profanas” *Ibidem* 44.

⁶ Cf. ‘fiesta’, ‘sacrificio’ de Jaques VIDAL en Paul POUPARD, (dir.) *Diccionario de las Religiones*, Herder, Barcelona 1987, 622-624; 1561- 1565.

aquí y ahora, lo que nos acontece en lo hondo de nuestro ser, más allá del tiempo.

En efecto, la fiesta nos ayuda a superar las barreras del tiempo y nos libera. Nos libera del tedio, la desesperanza y el aislamiento, porque casi siempre tiene un carácter comunitario. De alguna manera nos introduce en el futuro. Ya lo dice Jesús en el Evangelio, que la vida plena y definitiva será como un banquete, unas bodas, una fiesta.

No hay nadie más triste que quien no puede celebrar, o no tiene con quién celebrar, o no logra celebrar sino 'seudofiestas'. Por eso, es necesario aprender a hacer fiesta. Y eso lo hacemos en particular con la fiesta religiosa y con nuestro encuentro dominical, tema de una amplitud y riqueza enorme. Como señalara el Santo Padre a este Congreso en su mensaje: "La fiesta, por su parte, humaniza el tiempo abriéndolo al encuentro con Dios, con los demás y con la naturaleza. De ahí que las familias necesiten recuperar el genuino sentido de la fiesta, especialmente del domingo, día del Señor y del hombre". Nuestra gran Acción de Gracias, la Eucaristía que celebramos en memoria del Señor, puede iluminar la situación de la familia y el trabajo hasta que él vuelva.

2. Las grandes fiestas de la humanidad y la trascendencia de las nuestras

En algunas fiestas, las más importantes de nuestra historia, descubrimos que su luz y su gozo, podríamos decir, su trascendencia, reaparece en toda fiesta verdadera. Digo verdadera porque es bueno que excluyamos de la categoría "fiesta" a los encuentros estridentes o soporíferos que son evasión de lo humano y familiar, que son desahogos incontrolados, que son excesos que rechazan la vida del hombre nuevo.

a .Entre estas grandes fiestas, la primera es la que aparece en las palabras finales del capítulo primero del libro del Génesis: "Vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien. Y atardeció y amaneció el día sexto. ... y el día séptimo cesó Dios de toda la tarea que había hecho. Y bendijo Dios el séptimo día y lo santificó" (Gn 1, 31; 2, 2s). Nos hallamos ante la primera fiesta familiar, la que celebró Dios en el cielo –y ciertamente también Adán y Eva en el Paraíso- porque todo lo que Dios había hecho era muy bueno.

En realidad, en las fiestas que celebramos porque nos llena de contento la hermosura y la riqueza de la naturaleza, o de otro don que proviene de la Creación, nuestro gozo y nuestra gratitud trascienden lo inmediata. En lo más hondo y verdadero, celebramos el inconmensurable don de la Creación y compartimos la fiesta de Dios y de nuestros primeros padres, porque hasta nosotros llegó el eco de la estupenda calidad de la obra realizada por el Creador, que era y sigue siendo muy buena.

b. Siglos y milenios después, celebró Dios, y con Él su Pueblo, otra obra suya muy buena: la liberación de la esclavitud de Egipto. Para recordarla, instituyeron la fiesta de ese paso del Señor, la primera Pascua. Ella ya prefiguraba otras obras suyas que le confieren un hondo sentido a toda fiesta: la liberación del dominio del pecado y de la muerte, y la elevación de nuestra condición humana para ser familiares de Dios y conciudadanos de los santos. Durante todos los siglos después de Cristo, hemos festejado y festejaremos la obra de la nueva creación en virtud de la Pascua de Jesucristo y de la efusión del Espíritu Santo en el Cenáculo.

Por eso, todos los años celebramos con emoción, con arrepentimiento y decididos a reiniciar nuestras vidas, los misterios de la Encarnación y la Navidad, como también la Semana Santa, la Ascensión de Jesucristo a los cielos y la fiesta de Pentecostés. Asimismo celebramos cada fiesta de los misterios de la Virgen María, incorporándonos a la comunión que gesta su persona y su misión. ¿No nos incorporamos a una fiesta, celebrada también en el cielo, cuando entramos a un santuario en su fiesta patronal?

Por otra parte, ¿no son acaso reflejo y fruto de estas gestas trascendentes de Dios, las fiestas que celebramos cuando nos liberamos de lo que nos ata y esclaviza, cuando iniciamos una nueva vida, y cuando nos llena de felicidad la plenitud de la vocación y la misión que Dios nos ha entregado; igualmente, cuando disfrutamos las obras evangelizadoras que Dios realiza con nuestra colaboración? ¿No percibimos que también estas fiestas tienen la dimensión señalada que las trasciende?

c. Nos encaminamos hacia la gran fiesta sin ocaso, anunciada en los Evangelios como el gran banquete que prepara el Rey, nuestro Dios, al final de los tiempos. Él quiere que la sala esté colmada de invitados (ver Lc 14, 21b-23). La fiesta a la cual nos

convida es la celebración de las bodas del Cordero, anunciada en el Apocalipsis (ver Ap 19, 5-9). Dios nos llena de esperanza, porque nos ha invitado, porque nos trata como “ciudadanos del cielo” (Flp 3, 20) y nos da su gracia para peregrinar hacia la Patria. Nos pide, eso sí, que peregrinemos por este mundo con nuestras lámparas encendidas (ver Mt 25, 4ss), practicando la misericordia (ver Mt 25, 34ss), construyendo el Reino, y preparando el traje de bodas para el banquete (ver Mt 22, 11s). Con razón San Pablo escribió sobre la alegría que brota de la esperanza (ver Rm 12, 12).

¿No ilumina esta esperanza las fiestas que celebramos en familia, o con nuestros compañeros de trabajo? Nuestras fiestas ¿acaso no son encuentros en los cuales preparamos la fiesta definitiva, la que nunca va a languidecer, la fiesta del cielo, gustando el amor, la paz, la sabiduría y la felicidad de Dios, con nuestros familiares y nuestros hermanos, los santos?

Si entendemos por fiesta el encuentro que se celebra para compartir la alegría de poseer un bien -una persona, una comunidad, una obra o un evento- que enriquece a la comunidad, es claro que la fiesta alcanza su dimensión trascendente cuando la alegría proviene de celebrar dones que reflejan al bien supremo, que es Dios, y a sus obras a favor nuestro: la Creación, la Redención y la plena felicidad en el cielo. ¡Qué admirable el ejemplo de la Virgen María, celebrando la fiesta de la venida de Jesús y cantando el Magnificat! Su alma proclamaba y sigue proclamando la grandeza del Señor. Como la Virgen María y con ella podemos festejar cada vez que gustamos la misericordia de Dios, y disfrutamos que haya derribado a los poderosos de sus tronos y elevado a los humildes, y sobre todo que haya mirado la pequeñez de su sierva, y siga mirando la pequeñez de sus familias, poniendo en el centro a Jesús, nuestro Canto.

3. El domingo, la fiesta primordial de los cristianos

Evidentemente que la fiesta que mejor expresa esos dones, la más importante en que participamos como cristianos en esta vida, es el domingo, el día del Señor. En él recordamos el séptimo día de la Creación, la Resurrección de Cristo, la venida del Espíritu Santo y el nacimiento de la Iglesia. Es el día del Señor y del hombre, de la familia y de la Iglesia. De manera más plena cuando se celebra la Eucaristía. Allí nos reunimos como familia de Dios. En ella se

realiza la glorificación de Dios y la obra de la salvación humana, según lo recordaba el Concilio Vaticano II (ver SC 5-8). No acabaremos nunca de descubrir cabalmente el potencial evangelizador y educador del domingo para la vida cristiana. En la celebración eclesial, en la fiesta litúrgica, la pedagogía de los signos vivos permite pasar de lo que creemos con el corazón y profesamos con los labios, a la vida cotidiana. “La Eucaristía es el lugar del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este Sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo” (DA 251). No podemos quedar indiferentes después de celebrarla. El Espíritu Santo transforma los dones de pan y vino, y juntamente a la asamblea reunida. Saca a cada uno y a la comunidad de su aislamiento, y nos abre al envío y a la misión. Cumplir el precepto dominical, participando en la celebración eucarística activamente es una ‘necesidad interior’ del discípulo y de la familia cristiana. Satisfacerla es una fiesta. E inspirarnos para ‘vivir según el domingo’, es una verdadera prioridad pastoral (ver DA 252).

Nuestra ‘fiesta primordial’, sin lugar a dudas, puede ayudarnos a descubrir la vocación y el misterio de lo humano; a la vez, la fidelidad de nuestro Dios. Esa expresión, ‘vivir según el domingo’ es la utilizada por San Ignacio de Antioquía para describir la coherencia de los primeros cristianos. “Esta fórmula del gran mártir antioqueno -señala el Santo Padre Benedicto XVI en la Exhortación apostólica sobre la Eucaristía, fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia,- ilumina claramente la relación entre realidad eucarística y la vida cristiana en su cotidianeidad” (Sacramentum Caritatis 72). Y añade: “Vivir según el domingo quiere decir vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismo al mismo Dios, para que su victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente”. Se trata de que en nuestro continente, los creyentes podamos exclamar, como lo hacían los antiguos mártires: “Sin el domingo, no podemos vivir”.

En su discurso inaugural de la Vª Conferencia exclamó el Papa Benedicto: “¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor, que transformará Latinoamérica y El Caribe para que, además de ser el continente de la esperanza, sea también el continente del amor!”. Podemos continuar el pensamiento del Papa, agregando: Y siga siendo, en el sentido más profundo de la palabra, el continente de la familia, de los niños y de la fiesta. Si aprendemos

a celebrar el domingo, y a hacer de él nuestro camino, el trabajo y la vida en familia serían muy distintos, ocurrirían con la alegría de quienes festejan, movidos por el Espíritu Santo, la presencia del Señor que vino, que viene y que vendrá, y que enciende el amor a Dios y a los hermanos hasta el fin del tiempo.

Todo lo que antes mencionamos sobre la fuerza humanizadora de la verdadera fiesta, que podemos vivirlo en la fiesta del Señor, puede ser una escuela para afrontar la situación de la familia y el trabajo en nuestro tiempo. Nos dice Aparecida: "Los cristianos necesitamos recomenzar desde Cristo.... En Cristo Palabra, Sabiduría de Dios, la cultura puede volver a encontrar su centro y su profundidad, desde donde se puede mirar la realidad en el conjunto de todos sus factores, discerniéndolos a la luz del Evangelio, y dando a cada uno su sitio y su dimensión adecuada" (DA 41). Y de eso se trata en este II Congreso: de dar su sitio adecuado a la vida, el matrimonio, la familia, el trabajo y la fiesta.

- - - - -

Concluamos. El Pueblo de Dios en América está llamado a la madurez de los discípulos misioneros, es decir, a ser un pueblo que agradece, celebra y vive el don de ser hijos de Dios por el Bautismo, que es confirmado y enviado a la misión por el Espíritu Santo, y que alaba y es transformado en el seguimiento de Cristo por la Eucaristía. Es una prioridad de la 'nueva evangelización' desplegar toda la riqueza de la Iniciación Cristiana. Para ello, con María y los apóstoles, hoy con sus sucesores, tenemos que subir a la estancia superior del Cenáculo para celebrar la Eucaristía, para implorar la Promesa del Padre, y para hacer fiesta, porque nos alegra y sobrecoge su acción entre nosotros.